

Sí, deshadla, que torpe mi mano
Su mano en la sombra jamas encontró,
Ni el mas flébil lamento liviano
Avaro en mi oído su lábio posó.

Muere al fin, ¡ó vision de mi vida!
Mas vaga que el caos en forma ó color,
A quien siento en mí mismo perdida,
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Mas ¿qué fuera del triste peregrino
Que cruzando sediento el arenal,
No encontrara jamas en su camino
Mansa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa
¿Qué rumbo ni qué término seguir?
Sin tu vaga presencia misteriosa,
Sin tu blanca ilusion ¿cómo vivir?

Abriéranse mis ojos á mirarte,
Mis oídos tus pasos á escuchar,
Y al fin desesperados de encontrarte
Tornáranse en tinieblas á cerrar.

Despertara en la noche solitaria
De tus palabras al fingido són,
Y solo respondiera á mi plegaria
El latido del triste corazón.

¿Sombra querida, sin cesar conmigo
Mis lentas horas hechizando ven,
Y el desierto arenal será contigo
Huerto frondoso y perfumado Eden!

No espíres, misterioso pensamiento,
Que dentro oculto de mi mente vas,
Aunque no alcance el corazón sediento
Tu santa esencia á comprender jamas.

No sepa nunca tu verdad dudosa;
Vélame, si lo quieres, tu razon;
Disfápte á lo lejos vagarosa,
Mas sé siempre mi cándida ilusion.

Al fin sabré que junto á tí respiro,
Que estás velando junto á mí sabré,
Y que aun brilla oscilando en lento giro
La consumida antorcha de mi fé.

¿Qué me importa tu esencia ni tu nombre,
Genio hermoso, ó quimérica ilusion,
Si en esta soledad, cárcel del hombre,
Dentro de tí te guarda el corazón?

¿Qué me importa jamas saber quién eres,
Astro de cuya luz gozando voy,
Término de mi afán y mis placeres,
Dios que sin fin idolatrando estoy?

Quien quier que seas, vano pensamiento,
Mujer hermosa que soñando ví,

O recuerdo ó tenaz remordimiento,
Ni un solo instante viviré sin tí.

Si eres recuerdo endulzarás mi vida,
Si eres remordimiento te ahogará,
Si eres vision te seguiré perdida,
Si eres una mujer yo te amaré.

JUSTICIAS DEL REY DON PEDRO.

I.

Cuando su luz y su sombra
Mezclan la noche y la tarde,
Y los objetos se sumen
En la sombra impenetrable,
En un postigo escusado
Que á una callejuela sale
De una casa, cuya puerta
Principal da á la otra calle,
Dos hombres que se despide n
Se ven, aunque no se sabe
Ni cuál de los dos se queda
Ni cuál de los dos se parte.
Ambos mirándose atentos,
Ambos un pié hácia adelante,
Parados en el dintel
Están, y entrambos iguales.
Por fin el mas viejo de ellos,
Hundiendo el mustio semblante
Entre el sombrero y la capa
En ademan de marcharse,
Torció la cabeza á un lado
Pronunciando un *no* tan grave,
Que bien se vió que era el fin
De las pláticas de enantes.
Sin duda el otro entendido
No encontró qué replicarle,
Pues bajando la cabeza
Callóse por un instante.
"Buenas noches," dijo el viejo;
Tartamudeó un "Dios le guarde"
El otro, mas decidiéndose
Hizo hácia el viejo un avance:
"Mírelo bien, y cuidado
No se arrepienta, compadre.
—Nunca eché mas que una cuenta.
—Piénselo bien, y no pase
Sin contar lo que va de él
A Don Juan de Colmenares.
—Señor, replicó el anciano,
En tiempos tan deplorables
Ya sé que lo pueden todo
Los ricos y los audaces.
—Pues mire lo que le importa,
Que rico y audaz, señales
Son con que marca la fama
A los que en mi casa nacen."
Callaron por un momento,
Y continuando mirándose,
Dijo el viejo tristemente,

II.

En un aposento ambiguo,
Medio portal, medio tienda,
Que hace asimismo las veces
De cocina y de despensa,
Pues da su entrada á la calle,
Y en confuso ajuar ostenta
Camas, hormas y un caldero
Colgado en la chimenea,
Hay seis personas distintas
Que hacen al pié de la letra
(Salvo el padre, que está ausente)
Una raza verdadera.
Un mozo de veinte abriles,
Una muchacha risueña
De diez y seis, tres muchachos,
Y una anciana de sesenta.
Y aunque á las veces nos turban
Engañosas apariencias,
Zapateros son de oficio,
Si á espacio se considera
Que está la estancia aromada
Con vapores de pez negra,
Que ribetea la moza,
Y que el mozo maja suela.
"Mucho tarda, dijo el último

Padre esta noche, Teresa.
—Ya ha tiempo que ha anochecido.
—Muchacho, atiza esa vela,
Y deja quieto ese bote."
Y esto diciendo en voz recia
El mozo, siguió en silencio
Cada cual en su tarea,
El chico sitiando al bote,
Ribeteando la doncella,
Majando el mozo á compás,
Y dormitando la vieja.

Con monótonos murmullos
Arrullaban esta escena
El són de la escasa lluvia
De un aguacero que empieza,
El no interrumpido són
Con que hierve la caldera,
Y el tumultuoso chasquido
Con que la luz chisporrea.
"¿Las nueve son? dijo el mozo.
—Eso las ánimas suenan
Con sus campanas, repuso
Santiguándose Teresa.

—"Las ánimas, y aun no viene!"
Y echando atrás la silleta
Se puso el mancebo en pié,
Y encaminóse á la puerta.
Al ruido que hizo en el cuarto,
Despertándose la vieja,
Dijo: "¿Rezaís á las ánimas?—
—Sí, señora, estése queda."
Asió el mancebo la aldaba,
Mas la habia alzado apenas
Cuando un espantoso golpe
Venció la puerta por fuera.

"Muerto soy!" dijo una voz;
Cayó un embozado en tierra,
Y vióse un hombre que huía
Al fin de la callejuela.
En derredor del caído
Se agolparon, que aun conserva
Algun resto de la vida
Que le arrancan á la fuerza;
Mas no bien le desenvuelven
Por ver piadosos si alienta,
Un grito descompasado
Lanzó la familia entera.

Blasfemó el mozo con ira,
Desmayóse la doncella,
Y la anciana y los muchachos
En llanto á la par revientan.
"Padre, ¿quién fué?" preguntaba
Sosteniendo la cabeza
Del anciano muribundo
El hijo, que llora y tiembla,
Echóle triste mirada
Su padre, como quien lega
Su razon y su justicia
En quien se fija con ella.

"Juan . . .

— ¿Qué Juan?

—De Colmenares,"

Balbuocé con torpe lengua,

Y sobre el brazo del hijo
Dobló la faz macilenta.
Reinó un silencio solemne
Por un instante en la escena,
Y á reunirse empezaron
Vecinos de ambas aceras.
Llegó la justicia al punto,
Y mientras *justicia* ella
Partió por la turba el mozo
En faz de intencion siniestra.
“¿Dónde va? dijo un corchete.
—Siendo yo su sangre mesma
¿Adónde sino al culpable?
—Soy con vos.

—Enhorabuena.
—Por si acaso, va seguro.”
Dijo para sí el de presa,
Mientras el mozo resuelto
Ganó á una esquina la vuelta.

III.

Son treinta dias despues,
Y el mismo lugar y hora,
La misma vieja y los chicos
Con mesa, mancebo y moza.
Cada cual en su tarea
Sigue en paz, aunque se nota
Que todos tienen los ojos
Del mancebo en la faz torva,
El, sin embargo, en silencio
Prosigue atento su obra
Sin levantar la cabeza,
Que sobre el pecho se apoya;
Tan doblada la mantiene,
Que apenas la llama roja
Que da la luz, alumbrarle
Las cejas fruncidas logra;
Y alguna vez que el reflejo
Las negras pupilas toca,
Tan viva luz reverberan
Que chispas parece brotan.
La verdad es, que una lágrima
Que á sus párpados asoma
Viene anunciando un torrente
En que el corazon se ahoga.
Y el mozo, por no aumentar
De los suyos la congoja,
A duras penas le tiene
Dentro el pecho y le sofoca.
Largo rato así estuvieron
En atencion afanosa,
Todos mirando al mancebo,
Y éste mirando á sus hormas;
Hasta que al cabo Teresa,
Mas sentida ó mas curiosa,
Le dijo: “¿Estás malo, Blas?”
Y á su voz limpia y sonora
Siguió otro largo intervalo
De larga atencion dudosa.
Nada el hermano responde,
Mas ella su afan redobla,
Que no hay temor que la tenga

La valla de una vez rota
“¿Cómo estás tan cabizbajo.?”
Y aquí Blas interrumpióla.
“¿Y qué tengo que decir
A quien sin padre y sin honra
Debe vivir para siempre?”
Y aquí la familia toda
Rompió en ahogados sollozos
A tan infausta memoria.
Sosegóse, y siguió Blas
En voz lamentable y honda:
“El rico, y nosotros pobres;
Débil la justicia, y poca,
Y el rey en caza y en guerra,
¿Qué puede alcanzar quien llora?
—¿Qué, por libre se atrevieron.?”
—Poco menos, pues sus doblas
Pudieron mas con los jueces
Que las leyes.

—¿Las ignoran!”
Dijo indignada Teresa.
“No, hermana: las acogotan!”
Contestó Blas, sacudiendo
Su mazo con ciega cólera.
Siguió en silencio otro espacio,
Y otra vez Teresa torna:
“¿Mas la sentencia cuál fué?”
Dijo, y calló vergonzosa.
“¿La sentencia pides? óyela.”
Todos se echaron de golpe
Sobre la mesilla coja,
Que vaciló al recibirles,
A oír lo que tanto importa.
“Sabeis que el de Colmenares
Hoy pingüe prebenda goza
En la iglesia, y que á Dios gracias,
Y á mi diligencia propia,
Se le probó que dió muerte
A padre (que en paz reposa).
Pues bien, no sé por qué diablos
De maldita gerigonza
De conspiracion, que dicen
Que con su muerte malogra,
Dieron por bien muerto á padre,
Y al clérigo.”

—¿Le perdonan?
—No, vive Dios, le condenan;
¿Mas ved qué dogal le ahoga!
Condénanle á que en un año
No asista á coro, mas cobra
Su renta, es decir, le mandan
Que no trabaje, y que coma.”

Tornó á su silencio Blas,
Y á sus sollozos la moza,
Ella cociendo sus cointas,
Y él machacando sus hormas.

IV.

Está la mañana limpia,
Azul, trasparente, clara,
Y el sol de entre nubes rojas

Espléndida luz derrama;
Toda es tumulto Sevilla,
Músicas, vivas y danzas;
Todo movimiento el suelo,
Todos murmullos el aura;
Cruzan literas y pajes,
Monjes, caballeros, guardias,
Vendedores, alguaciles,
Penachos, pendones, mangas.
Flota el damasco y las plumas
En balcones y ventanas,
Y atraviesan besamanos
Donde no caben palabras.
Descórrense celosías,
Tapices visten las tápias,
Los abanicos ondulan,
Y los velos se levantan.
Cuántas hermosas encierra
Sevilla á su gloria saca,
Cuántos buenos caballeros
En sus fortalezas guarda,
Ellos porque son galanes,
Y ellas porque son bizarras;
Las unas porque la adornen,
Los otros para admirarlas.
Oyense á lejos clarines,
Y chirimías y cajas,
Y á lengua suelta repican
Esquilones y campanas.
Mas no vienen los hidalgos
Armados hasta las barbas,
Ni el pálido rostro asoman
Las bellas amedrentadas;
Que no doblan los tambores
El són agudo de alarma,
Ni las campanas repican
Arrebatado arrebatadas:
Que es *procesion del Corpus*,
Que ya traspone las gradas
Del átrio, y el rey don Pedro,
Acompañándola baja.
Padillas y Coroneles
Y Alburquerque se adelantan,
Con Osorios y Guzmanes,
Pompa ostentando sobrada.
Y bajo un palio don Pedro
De ocho punzones de plata,
Descubierta la cabeza,
Y armado hasta el cuello marcha,
En torno suyo el cabildo
Diez individuos encarga
Que de escuderos le sirvan
En comision poco santa;
Mas tiempos son tan ambiguos
Los que estos monges alcanzan,
Que tanto arrastran ropones
Como broqueles embrazan.
Entre ellos se vé á don Juan
De Colmenares y Vargas,
Que deja por vez primera
La reclusion de su casa.
No porque el año ha cumplido,
Sino porque el año paga,

Y doblas redimen culpas
Si se confiesan doradas.
Rosas deshojan sobre ellos
Las hermosísimas damas,
Y toda es flores la calle
Por donde la corte pasa.
Envidia de las mas bellas
Salió á un balcon del alcázar
La hermosísima Padilla,
Origen de culpas tan as.
Hízola venia don Pedro,
Y al responderle la dama,
Soltó sin querer un guante,
Y ojalá no le soltara.
Lanzóse á tomar la prenda
Muchedumbre cortesana:
Muchos llegaron á un tiempo,
Mas nadie tomarla osaba,
Que fuera accion peligrosa
Aparte de lo profana.
Partiendo la diferencia
Salió de la fila santa
El bizarro Colmenares
Con intencion de tomarla.
Mas no bien dejó su mano
Del pálio el punzon de plata,
Y puso desde él al rey
Cuatro pasos de distancia,
Cuando un mancebo iracundo
Con irresistible audacia
Se echó sobre él, y en el pecho
Le asentó dos puñaladas.
Cayó don Juan, quedó el mozo
Serenos en pié entre los guardias,
Que le asieron, y don Pedro
Se halló con él cara á cara.
La procesion se deshizo,
Volvió gigante la fama
El caso de boca en boca,
Y ya prodigios contaban.
Juntáronse los soldados
Recelando una asonada;
Cercaron al rey algunos,
Y llenó al punto la plaza
La multitud codiciosa
De ver la lucha empezada
Entre el sacrilego mozo
Y el sanguinario monarca.
Duró un instante el silencio
Mientras el rey devoraba
Con sus ojos de serpiente
Los ojos del que le ultraja.

“¿Quién eres?” dijo, por fin,
Dando en tierra una patada.
“Blas Perez,” contestó el mozo
Con voz decidida y clara.
Pálido el rey de coraje
Asióle por la garganta,
Y así en voz ronca le dijo,
Que la cólera le ahogaba:
“¿Y yendo tu rey aquí,
Voto á Dios, por qué no hablaste,

Si con ocasion te hallaste
Para obrar con él así?"
Soltóse Blas de la mano
Con que el rey le sujetaba.
Y señalando al difunto
Repuso tras breve pausa:
"Mató á mi padre, señor,
Y el tribunal por su oro
Privóle un año del coro,
Que en vez de pena, es favor."
—Y si vende el tribunal
La justicia encomendada,
¿No es mi justicia abonada
Para quien justicia mal?
—Cuando el miedo ó la malicia
(Dijo Blas) tuercen la ley,
Nadie se fia en el rey
Medido por su justicia."

Calló Blas, y calló el rey
A respuesta tan osada,
Y los ojos de don Pedro
Bajo las cejas chispeaban.
Tendiólos por todas partes,
Y al fuego de sus miradas,
De aquellos en quien las puso
Palidecieron las caras.
Temblaron los mas audaces,
Y el pueblo ansioso esperaba
Una esplosion en don Pedro
Mas recia que sus palabras.
Rompió el silencio por fin,
Y en voz amistosa y blanda
El interrumpido diálogo
Así con el mozo entabla:
"¿Qué es tu oficio?"

—Zapatero.
—No han de decir, vive Dios,
Que á ninguno de los dos
En mi sentencia prefiero."
Y encarándose don Pedro
Con los jueces que allí estaban,
Dando un bolsillo á Blas Perez,
Dijo en voz resuelta y alta:
"Pesando ambos desacatos,
Si con no rezar cumple él
En un año, cumples fiel
No haciendo en otro zapatos."

Tornóse don Pedro al punto,
Y brotó la turba osada
Murmillos de la nobleza
Y aplausos de la canalla.
Mas viendo el rey que la fiesta
Mucho en ordenarse tarda,
Echando mano al estoque
Dijo así ronco de rabia
"La procesion adelante,
O meto cuarenta lanzas
Y acaban, voto á los cielos,
Los salmos á cuchilladas."

*Y como consta á la iglesia
Que es hombre el rey de palabra,
Siguiéron calle adelante
Pálio, pendones y mangas.*

LEIDOS POR LOS ACTORES

EN EL TEATRO DEL PRINCIPE:

en los dias 6 de Setiembre y 11 de Octubre de 1839.

HERMANOS COMO ESPAÑOLES.

Hartas, ¡oh patria! lágrimas corrieron,
De sangre fraternal hartos arroyos,
De hartos valientes el sepulcro fueron
Charcas estensas, y profundos hoyos.

Hoy que calmada la sangrienta lucha
Tremolan á la par anchas banderas,
Blando suspiro en derredor se escucha,
Corren de paz las lágrimas primeras.

Con ellas, sí, los párpados preñados
Ha largo tiempo reventar querian,
Mas en la lid los ojos ocupados
A vista de la sangre no podian.

Himnos de triunfo y de placer alcemos,
Y ya amigos y libres ciudadanos,
La sangre de esas lizas olvidemos
Que quema el corazon, mancha las manos.

LIBRES COMO ESPAÑOLES.

Libres tambien como nosotros eran,
No mas su mengua tolerar pudieron,
Y hélos aquí que con orgullo esperan
Bajo la enseña á que contrarios fueron.

Tended los brazos de matar dolidos,
Libres tended las callecidas manos,
Que no hallareis traidores escondido
Tras el difraz de libres y de hermanos.

Aquí está el trono que amparar debemos,
Aquí la patria y religion y leyes;
Que aquí igualmente repartir sabemos
Libertad á los pueblos y á los reyes.

GENEROSOS COMO ESPAÑOLES.

No hay mas que un pabellon y una bandera;
Un sol alumbrá, un ídolo se adora;
La frente ante él humillan altanera
Ambas huestes vencida y vencedora.

De ambas la sangre en la montaña humea,
Tumba á entrambas comun dió la montaña,

De ambas la sangre con honor se orea,
Que á ambas dió sangre la orgullosa España.

Ambas al fin de libertad reciben
Sin mengua ni mancilla el blando yugo,
Ambas con leyes fraternales viven,
Y donde no hay traicion sobre el verdugo.

Venid, hermanos, á la par nacimos,
Al par dejamos la contienda fiera:
¿Quereis mas? Olvidamos que vencimos.
No hay mas que un pabellon, y una bandera.

Aquella antigua raza de valientes
Cuyo brio español sembró el espanto
Por medio de las huestes insolentes
Que atropelló en Clavijo y en Lepanto;

Los que á Roma absoluta dieron leyes,
Los que sus velas por la mar tendieron,
Dando á otro mundo religion y reyes,
Hijos de España y nuestros padres fueron.

Si sujetos á error como nacidos
En contienda civil se desgarraron,
Ellos solos en bandos divididos
Despues que se batieron, se abrazaron.

Hijos de España y con valor nacimos;
Por arreglar nuestras contiendas fieras
Harto como valientes combatimos,
Pleguemos de una vez nuestras banderas.

A ello nos brindan con tranquila sombra
De nuestras flores las silvestres calles,
De nuestras mieses la pajiza alfombra,
Y el verde pabellon de nuestros valles.

Que vale mas gozar en la pobreza
Paz que á fuerza de sangre nos compramos,
Que á otro pedir con criminal pereza
La libertad que conquistar podemos.

¡Sí, ciudadanos! raza de valientes
Cuyo brio español sembró el espanto
Por medio de las huestes insolentes
Que huyeron en Clavijo y en Lepanto,

No olvideis que por premio merecido
Esos extraños de la paz carcoma
Querrán lo que salvar hemos podido
De las guerras hipócritas de Roma.

No mas de sangre bajarán teñidos
Los manantiales que la cumbre brota
A contar á los pueblos afligidos
En cada infausto triunfo una derrota.

No mas luchando con el rudo viento,
De cuervos roncós agorero bando,

Vendrá á mecerse donde el són violento
Del cóncavo-cañon le esté llamando.

No mas al rayo de amarilla luna
Vagarán por la noche en la montaña
Las sombras de los héroes sin fortuna
Que gloria piden y sepulcro á España.

La gloria y el sepulcro que no hallaron
Cuando la vida por su patria dieron;
La gloria y el sepulcro que compraron
Cuando á los piés de su pendon cayeron.

¡Víctimas santas! ¡Sombras doloridas
Que insepultas dormís en la llanura,
Ya á través dejan ver vuestras heridas
Un sol de libertad y de ventura!

Ya podeis sin temor á la vergüenza
Alzar los ojos del sangriento caos;
No queda ya quien huya ni quien venza:
¡Fantasmas de los héroes, levantaos!

No receleis que al levantar la frente,
Tras rota peña ó desplomado muro
Quede algun campesino irreverente
Que os asesie traidor plomo seguro.

Alzaos, sí: la paz de que gozamos
Nosotros solamente nos la dimos,
No de extranjera grey la mendigamos,
Que á nadie juez de nuestra gloria hicimos.

Nuestra es la sangre que en la lid se orea,
Nuestra es la santa ley que obedecemos;
Grande ó mezquina nuestra gloria sea,
Obra fué nuestra, y nuestra la queremos.

¡Atras las lises de la intrusa Francia!
¡Atras los mercaderes de Inglaterra!
Mientras valor nos quede y arrogancia
No ha de faltarnos libertad, ni tierra (1).

A LA LUNA.

Bendita mil veces la luz desmayada
Que avaro te presta magnífico el sol;
Bendita mil veces ¡oh luna callada!
Tu luz que no enturbia dudoso arbol.

En buen hora vengas, viajera nocturna,
Que el mundo en silencio visitando vas,
Esposa que viene constante á la urna
Que guarda los restos del bien que amó mas.

En buen hora vengas, amante Lucina,
En pos de tu bello dormido Endimion,
Celosa asomando la faz argentina
Por ese estrellado y azul pabellon.

(1) Esta última composicion fué prohibida por el ayuntamiento antes de ser leida. ¡Es que somos hoy muy españoles y muy atrevidos!

¡Oh! miente quien dice que velas traidora
Cubriendo del crimen el réprobo afán,
Que aguardan inquietos tu luz bienhechora
Los que al sol fraguando delitos están.

No, no eres ¡oh luna! la lámpara opaca
Que trémula vierte siniestra su luz
En bóveda impura do nunca se aplaca
El alma á quien prensa su losa y su cruz.

No, no eres la tea que alumbró maldita
Las manchas de sangre de regio panteón,
A cuyos reflejos soñando se agita
Aun de ella sedienta rabiosa vision.

No, no eres la hoguera del gran sementerio
Que guarda el del mundo secreto final,
Que en esa morada de sombra y misterio
Sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las voces medrosas
Que hierven, y turban la sombra do quier;
No vienen contigo las nieblas odiosas
Que doblan el ruido, y nos roban el ver;

No vienen contigo los vagos ensueños
Que acosan y hieren el ruin corazón,
Las torvas fantasmas de tétricos ceños
Que cruzan los aires en pos del turbión.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,
Cual blanca creencia de casta niñez,
Cual ángel que espía la triste plegaria
Que eleva al emperio llorosa viudez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,
Fanal de consuelo, de paz y de amor,
En alas de suave balsámico viento,
Que arruga las aguas y mece la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,
Las lindas quimeras de antiguo placer,
Las sombras queridas que alegre retrata
La mente olvida del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,
Los besos que espiran del labio al salir,
Las bellas historias de efímeras cuitas
Dichas á una reja que temen abrir.

Y vienen contigo las dulces memorias,
La audaz esperanza, la gloria inmortal,
Fantásticas luces que van ilusorias
Al soplo espirando de ráfaga real.

¡Ah, todo es consuelo, regalo y ventura,
Fanal misterioso, delante de tí!
Suspiran las fuentes, el río murmura,
Aquí te gorgean, te arrullan allí.

Los juncos se mecen, los árboles suenan,
El bosque se puebla de sombra de paz,
Y el aire sonidos dulcísimos llenan
Que lleva invisible la brisa fugaz.

¡Luna! cuántas veces tu luz ha alumbrado
Mi larga vigilia, mi breve ilusion;
¡Luna! cuántas veces con ella ha sonado
Perdida en el viento mi triste canción.

Y aún cuántas veces allá todavía
En playas remotas tal vez sonará.
Entonces ¡oh luna! la cítara mía
¿Qué oído en sus ayes ó risas tendrá?

Tal vez entre el recio menudo ramaje
Que ciñe del ancho desierto lindal
Responda á mis voces una ave salvaje
Huyendo á lo largo del seco arenal.

Tal vez á la orilla del mar tempestuoso
Tu pálida imagen por él seguiré;
Tal vez con las ondas del mar proceloso
Mis lágrimas turbias mezclarse veré.

Y acaso mis ojos, del agua que broten
Por entre el ardiente confuso cristal,
Verán sin que nunca sus fuentes se agoten
Huir por los cielos tu errante fanal.

¡Luna! si esa noche de angustia llegara,
Si huyera esquivando mi pueblo español,
¡Luna! mas valiera que el sol te prestara
Un rayo que apague mi gloria y mi sol.

Mas no, clara y celeste peregrina
Luz de los bosques, de los tristes luz,
A cuyos rayos el amor camina
E invoca el justo al que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,
Amiga del caniar del trovador.
Tú que refrescas el modesto broche
Que á tu luz plega la silvestre flor;

Tú me darás magníficos cantares,
Grandes como tu Dios y como tú,
Como esos que del cielo luminares
Orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás á mi sonante lira
El fuego del profeta que lloró
El peligro de Pérgamo y Thyathira,
La rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,
Cuya rápida y tímida ilusion
Pinta el mar, y el arroyo y la laguna
En vistosa y flotante aparicion;

De cuya imagen en redor tranquila,
Allá en bosques de conchas y coral,
De errantes peces multitud se apila
Que te besan tu imagen de cristal;

Tú, á quien un ángel invisible guía,
Y millares de estrellas van en pos;

Tú me darás palabras de armonía
Con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana
Que, del bosque en la oscura soledad,
En brazos de un mortal busca profana
Misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros
De ese bello y perdido cazador
Que los valles audaz cerró seguros
Con barreras de fábulas de amor.

Yo te adoro, magnífica lumbrera,
Tan solo por tu tibia brillantez,
Y no veo en tu espléndida carrera
Mas que la mano del Eterno juez.

Surca ¡oh luna! esos techos de topacio,
Que él te señala por camino á tí,
Mientras que preso en reducido espacio,
Su voz espero cuando venga á mí.

A mí, que ingrato y prófugo poeta
Creo en el Dios á cuyo soplo fué
Cuanto en la tierra y en la mar vegeta,
Cuanto no he visto ni jamás veré.

¡Ah! cuando el mundo en su erial desierto
Me dé un lecho de tierra en que dormir,
Y vayan presa del destino incierto
Conmigo mis cantares á morir.

¡Oh luna! si en mi túmulo no brilla
De humana gloria la estinguida luz,
Cuelga al menos tu lámpara amarilla
Sobre su rota y olvidada cruz.

HORIZONTES.

I.

Lanzó el mundo en mitad de las tinieblas
El soplo del Señor, y empezó el mundo
A rodar en un piélago de nieblas
Cercado del silencio mas profundo.
Miró la creacion el que la hizo,
Mas no le satisfizo;
Y rasgando sus negras colgaduras,
Sacudió con su planta el firmamento;
Brotó una chispa, se inflamó en el viento,
Y el sol se derramó por las alturas.

II.

“Tú girarás, le dijo, eternamente;
Cuatro estaciones marcarás iguales,
Y será tu fanal resplandeciente
La sombra de mis ojos inmortales.”
Giró el sol, y á su vista alborozado
El mundo iluminado

En himno universal rompió sonoro;
Y cuanto tuvo un soplo de existencia,
Exhaló sonoro en su presencia
Música dulce en acordado coro.

III.

Mecióse el mar con colosal murmullo;
El viento resonó por las montañas;
Murmuró el bosque soñoliento arrullo,
E hirió el arroyo sus sonantes cañas.
Ensayaron sus cánticos las aves,
Armoniosos y graves
Los acentos del hombre resonaron;
Y con notas mas roncadas y severas
Su voz alzaron sin compas las fieras,
Y los ecos salvajes la imitaron.

IV.

Fuente de luz y manantial de vida,
El sol fecunda nuestra madre tierra,
Y en arroyos el llano convertida
Vierte la nieve que apiló en la sierra.
Brotan á su calor yerbas y flores,
Sus manchas y colores
Da á cuanto dora con su lumbrera pura,
Y mil insectos que las auras hienden
A separar solícitos atienden
Del sémen vírgen la semilla impura.

V.

Mas ó vacilan mis cansados ojos,
O yo he visto en Oriente y en Ocaso
Lagos de sangre cuyos pliegues rojos
Al sol alfombran el gigante paso.
Y jamás comprendió mi entendimiento
El misterio sangriento
Que ese color del horizonte vela:
Y por mas que lo pienso y lo medito,
Nada el arcano que conserva escrito
Ese renglon de sangre me revela.

VI.

He visto al sol posarse en el Oriente
Al derramar su esplendorosa lumbrera,
Y le he visto posar en Occidente
Al trasponer la postrimera cumbre.
Magnífico á su vuelta y su partida,
Su marcha y su venida
Mudo y absorto cada vez contemplo:
El recoge sus rayos ó los suelta,
Y siempre á su venida y á su vuelta
De Dios concibo al universo templo.

VII.

Sí, siempre posa un punto en el Oriente
Y otro punto al doblar la última cumbre,
Mas siempre ciñe en su alba y su Occidente
Banda sangrienta su radiante lumbrera.